

Identidad y violencia¹

Mauricio Gabori²

*Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"
El Salvador*

Resumen

La identidad proviene de la ineludible interacción de la persona y la sociedad a la que pertenece. De este diálogo entre subjetividad y objetividad surge la inteligibilidad de las personas, su marco referencial que identifica metas, características, potencialidades y carencias de los individuos. La identidad personal y la identidad social de los individuos quedan plasmadas en estructuras cognitivas que guían el actuar de las personas. La violencia condiciona la identidad al excluir ciertas formas de actuación preferencial y acentuar espacios de identidad indeseable.

1. La identidad como fundamento de la acción

Fundamento esencial a toda psicología social es la observación de la necesaria imbricación entre la objetividad y la subjetividad. Dicho de otra manera —y como ya lo observara de manera brillante Berger y Luckmann (1968)— no existe objetividad sin el necesario concurso creador de la subjetividad, que la pretende y la entiende y, la subjetividad no existe al margen del impacto que tienen

las condiciones objetivas en las cuales está inmersa. Así, el proceso creador, entendido correctamente, reside en ambos polos: la subjetividad crea un mundo social con pretendidas intenciones y lo social revierte su contundencia, creando, modificando y elaborando una subjetividad situada en coordenadas sociohistóricas, como bien señaló Vytgostki. Estas elementales observaciones son de enorme importancia y fundacionales, cuando intentamos entender el concepto de identidad, que surge en el día-

1. Una versión preliminar de este ensayo fue presentada en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", en la Jornada "El país imaginado. Formación de identidades en El Salvador", San Salvador, El Salvador, del 24 de enero a 2 de febrero de 2005.
2. Jefe del Departamento de Psicología y director de la maestría en Psicología Comunitaria de la UCA. Posee una maestría en Psicología Experimental Aplicada, mención en Psicología Social por la St. Louis University, y doctor en Psicología Social por la Universidad de Michigan, Estados Unidos.

logo entre las personas y las estructuras sociales, creadas, ya que, en términos generales, la identidad se da por procesos recursivos de socialización, internalización, rechazo, imitación, evaluación, identificación, narración, no quedándose atrás múltiples y sutiles formas de coerción.

Los interaccionistas simbólicos, y en especial Mead (1934-1982), entendieron a la perfección esta mutualidad y la aplicaron a la construcción de la identidad. La identidad, según su punto de vista, es una construcción social, basada en la relaciones simbólicas con nuestro entorno y en nuestra capacidad de vernos como objetos sociales. Para poder lograrlo, necesitamos tomar la perspectiva de la otra persona y terminamos viéndonos, a través del tamiz de nuestra peculiar perspectiva³, como nos ven otros. Berger y Luckman (1968), por su lado, observan que el universo simbólico que queda traducido en coordenadas socioculturales hace posible una lectura de

la biografía personal que resulta en un sentido de identidad: "El universo simbólico también posibilita el ordenamiento de las diferentes fases de la biografía. Cuando el individuo echa una mirada retrospectiva sobre su vida pasada, su biografía le resulta inteligible en esos términos. Cuando se proyecta el futuro, puede concebir su biografía como desenvolviéndose en el seno de un universo, cuyas coordenadas definitivas le son conocidas" (p. 129).

2. La identidad personal

La identidad puede concebirse de muchas maneras —como núcleo de inteligibilidad, resumen histórico y particularísimo de la persona, perspectiva básica de como las personas entienden su potencial de acción, esquemas del yo, autonarración o relato vital—, pero todas ellas incluyen la idea del autoconcepto que tienen las personas de sí mismas y que está basado en el mundo de significados compartidos. En él están integradas cogniciones sobre las propias capacidades, habilidades y maneras de ser y abordar el mundo social y los afectos dirigidos a la persona misma, que el intercambio social genera sobre la base de esas características. De esta manera, los significados que un atributo pueda tener, en relación con la identidad, consiste en una serie de expectativas cognitivas y afectivas que la persona tiene sobre sí misma. Tales significados actúan como un punto ancla para la autorreflexión y, al interactuar con otros significados del entorno social, dan pie, como hemos señalado, a planes de acción de la persona⁴. Este autoconcepto está, pues,



3. La persona reclama para sí misma un conocimiento especial sobre sí misma que no tienen otros, pues tiene acceso a más información y está consciente de toda la complejidad de su autonarración, incluyendo las auto-definiciones tentativas que surgen de circunstancias extraordinarias o peculiares: aun cuando, efectivamente, se puede llegar a conclusiones erradas sobre uno mismo, la mayoría de las personas cree que nadie los conoce mejor que ellas mismas. Gergen (1996) denomina esta perspectiva el "privilegio de la autodefinición".
4. Gergen (1996) nota que la inteligibilidad social de la autoconcepción, es decir, el sentido de la identidad de las personas, está fuertemente arraigada en las relaciones interpersonales, que sirven como clave explicativa de esas autonarraciones. Las otras personas, su actuar y el significado que tienen para la identidad, quedan en cierta manera, integradas en ese relato vital. La mutualidad de las identidades queda cimentada, soldada —en expresión acuñada por el mismo Gergen— en las construcciones sociales de los demás, de tal manera que, ambas identidades (yo-otro), permanecen implicadas de forma íntima: "Ese depender de los demás sitúa al actor en una posición de interdependencia precaria, ya que el mismo modo de la inteligibilidad depende de si los demás están de acuerdo sobre su propio lugar en el relato, también la propia identidad de los demás depende de la afirmación que de ellos haga el actor. El que un actor logre sostener una auto-narración dada depende, en lo fundamental, de la voluntad de los demás para seguir interpretando determinados pasados, en relación con él" (p. 257).

integrado por múltiples componentes, que surgen de la interacción social. De allí que el autoconcepto o la identidad incorpore todas aquellas características y cualidades que emplea la persona para determinar quién es, qué potenciales posee y cuáles son las relaciones importantes que le dan centralidad, significado y profundidad. De esto se colige que, como estructura cognitiva que valora la adecuación entre lo que se tiene y posee —o piensa tener o poseer— como cualidades esenciales y los requerimientos del actuar social, de manera que, de esta interacción, se derive una valencia o connotación de valor personal.

De manera general, la identidad es el marco de referencia que utilizan las personas para organizar y dotar de significado sus experiencias. Tan es así que un mismo evento puede ser dotado de significado distinto, según sea la identidad de la persona que lo experimenta. Por ejemplo, una desventura puede ser atribuida a la poca inteligencia y capacidad de previsión, propia de una persona con pocas capacidades perceptivas y que confirma, una vez más, el tipo de “suerte” que le es propio y que le viene a personas como ella. Por otro lado, la persona con una identidad en la cual está incorporada la inteligencia y la fortaleza interior puede ver en ella la excepción de lo que usualmente le acontece y, por ende, la desventura no provee mayor información sobre qué tipo de persona es ni predice lo que le puede acontecer en el futuro. Más aún, la primera ve en el revés la consecuencia lógica de su manera de ser, mientras que la segunda ve en él algo que le ha acontecido, pero que no tiene mayor relación con su propia identidad, ni siquiera le provee información útil respecto a eventos futuros.

Cuando una persona se encuentra imbuida en situaciones de violencia de manera constante, agravante o por tiempo sostenido, entonces, la estructura cognitiva de lo que la persona es o puede llegar a ser —más adelante hablaremos sobre la relación entre el yo ideal⁵ y el yo actual— queda redu-

cida a mínimas expresiones e incorpora (o asume), sin mayor reflexión, los apelativos descalificantes, que preñan el discurso de los que buscan justificar muchas formas de violencia. Así, por ejemplo, la mujer que se encuentra en una relación íntima, caracterizada por la violencia, asume como definitorio de su identidad las descalificaciones que el agresor utiliza, tanto para demostrar lo inevitable de los actos de violencia expresada, como para asegurarse el debilitamiento de ese centro, que aglutina la identidad de la persona violentada, y desautorizar *motu proprio* cualquier intento de liberación. De igual manera, podemos señalar los descalificativos que se asumen como propios de los niños y niñas violentados en la familia. Asumen, sin más, que su identidad está resumida en la fealdad, la ingratitud, la estulticia o el poco valor que, supuestamente, poseen como personas. Quedan por fuera todas aquellas cogniciones que sientan la base de lo que Markus y Nurius (1986) y Oyserman, Bant y Ager (1995) han dado en llamar los *yo posibles*, es decir, aquellas creencias sobre las propias capacidades para obtener resultados positivos, basados ya sea en otras y novedosas formas de entenderse o de organizar la jerarquía de lo que se considera autodefinitorio (ver también Cross y Markus, 1991). Con estos nuevos entendimientos de sí misma, la persona afina un sentido de esperanza, que posibilita la aparición de características y habilidades no pensadas antes como propias o re-estructura, de manera creativa o más productiva, las que siempre ha considerado poseer. Este concepto del yo posible de Markus y Nurius se asemeja a la noción de autoeficacia de Bandura (1986, 1997), a la teoría de autorregulación de Carver y Scheier (1998) y a la teoría de la esperanza de Snyder (1989), ya que sostienen que el rendimiento de las personas está íntimamente ligado a las expectativas de éxito o fracaso.

Si quedan por fuera otros yo posibles, pareciera que el espacio psicológico queda retomado por lo que Ogilvie (1997) ha llamado el yo o la *identi-*

5. El concepto de yo ideal es central a muchas teorías de la conducta humana. En términos muy generales, este concepto se refiere a las imágenes mentales que las personas tienen del yo perfeccionado. Algunos exponentes de la psicología dinámica (por ejemplo, Adler y Horney) conciben una distinción similar entre el yo, tal como es experimentado, y el yo ideal, que actúa como fuerza psicológica teleológica. Adler, por ejemplo, introduce el concepto de *finalidad ficticia*, con el cual quiere dar a entender que las personas son movidas a actuar por metas ideales que, a su vez, en su conjunto van creando un mundo de significados y creencias, que se convierte, desde temprana edad, en un estilo de vida. La noción adleriana de estilo de vida tiene mucho en común con el concepto de identidad. Comparaciones entre el yo ideal y el yo real se pueden encontrar en los escritos de Cooley (1902) y también de Mead (1934-1982).

*dad indeseable*⁶. Esa identidad indeseable contrasta con el yo ideal y está definida por todas aquellas cogniciones de aspectos negativos de la persona, que ella conoce o intuye —y a veces teme— poseer, pero que, en algunas ocasiones, resultan instrumentales en mantener algunas relaciones sociales y lograr metas que se consideran difíciles o inalcanzables. Según Ogilvie, la base de la identidad indeseable es menos abstracta que la del yo ideal, y contiene imágenes de rasgos indeseables e impulsos no realizados de acciones no socialmente aceptadas, y, con probabilidad, contiene recuerdos de eventos desafortunados, traumáticos y emociones indeseables, ocurridas en el pasado de la persona. En este sentido, la personalidad indeseable está más basada en la experiencia real de esta que la identidad ideal, y por lo tanto, es menos amena al cambio. Esta noción es consistente con la teorización que hace más de cinco décadas hizo el famoso psicólogo Harry Stack Sullivan sobre el yo-bueno, el yo-malo y el no-yo (Sullivan, 1953).

Conviene, con todo, anotar que esto no implica que la identidad quede consolidada de manera firme e imperecedera, en la infancia y la adolescencia, donde la persona es más susceptible, y de manera más irrefleja, a influencias de distinta índole. La identidad es un concepto dinámico que, fácilmente, incorpora las consecuencias de los cambios importantes experimentados por la persona. De allí que, como lo señalan Roberts y Helson (1997), los importantes cambios que se han dado en el entorno social de las personas también quedan integrados en su identidad. Una serie de científicos sociales, por ejemplo, han señalado algunos cambios culturales importantes, los cuales dejan huellas sociales importantes y que, por consiguiente, afectan, de manera significativa, la identidad de las personas, que comparten un mismo espacio sociocultural. Entre esos cambios podemos identificar un marcado individualismo y superfi-

La identidad puede concebirse de muchas maneras [...] pero todas ellas incluyen la idea del autoconcepto que tienen las personas de sí mismas y que está basado en el mundo de significados compartidos.

cialidad (Bellah, Madsen y *et al.*, 1985; Sampson, 1988) en la cultura occidental, y una creciente escalada, en el ámbito centroamericano, de distintas formas de violencia, las cuales, en tiempos definidos, estallaron en conflictos armados prolongados, y las cuales, en otros tiempos indefinidos, permean la vida cotidiana de las personas. Veamos con más detenimiento cómo la violencia experimentada de una forma sostenida, en distintos lugares y relaciones, ha ido moldeando la identidad de los centroamericanos.

En primer lugar, es necesario señalar algunas características de la violencia con relevancia particular para la identidad. Quizá el elemento más importante de los entornos sociales y personales, en condiciones de violencia, es la precariedad. Esta se manifiesta en hipótesis tentativas sobre uno mismo, sus capacidades y de aquello de lo que es capaz de hacer, pensar y desear la persona. Ante situaciones de violencia hay un divorcio bastante acentuado entre el yo-actual, el yo-ideal y el yo-

real. Si bien es normal que exista una distancia entre lo que las personas aspiran a ser (yo ideal) y lo que efectivamente son (yo real), la violencia hace que esa diferencia se acentúe y se mantenga lo más separada posible. Más aún, la violencia hace que quede en entredicho el mismo concepto de yo ideal, ya que este se

ve asediado, no por los problemas normales y cotidianos, que hacen que exista la separación, en primer lugar, sino porque las condiciones sociales de violencia lo señalan como algo innecesario para la supervivencia e inadecuado para desarrollar las destrezas y las habilidades requeridas para sobrevivir. No hay espacio sociopsicológico para contemplar posibilidades más allá de lo que demanda la obsesión de lo inmediato. Quedando “aniquilado”, por así decirlo, el yo ideal, y solo están disponibles aquellas características que determinan el yo real y que la persona teme de su identidad indeseable.

6. Algunos sociólogos (Goffman, 1963-1997) y psicólogos (Jones y *et al.*, 1984; y Katz, 1981) hablan de la identidad estigmatizada, noción con la cual quieren explicar cómo ciertas condiciones sociales estigmatizantes pueden llegar a ser asumidas por la persona, en la medida que esta considere tener cierta responsabilidad sobre esas condiciones.

Otro elemento que suele acompañar la violencia es el miedo. El miedo impide que las personas busquen soluciones adecuadas, aunque no ideales, a situaciones límites y hace que las personas permanezcan inmóviles, pues las inciertas bondades alternativas desubican más que las predecibles maldades de la violencia. De esta manera, la distancia psicológica de lo cotidiano, necesaria para considerar una identidad alternativa y más saludable, tiende a desaparecer, y en su lugar queda solo el ámbito del yo-real. Dicho de otra manera, la posibilidad de desarrollo y crecimiento se ve muy reducida o arrestada.

Loevinger (1976) describe estadios en el desarrollo del yo, o si se quiere, de la identidad de las personas. Ella sostiene que en los estados superiores de este desarrollo se da una internalización de las reglas del intercambio social, un crecimiento en complejidad cognitiva, un control mayor de la impulsividad, basada en motivaciones propias y en función de planes a largo plazo, un mayor respeto, tanto a la autonomía individual, como a la mutuality en las relaciones interpersonales. Dicho de otra manera, según ella, los estadios que representan un mayor desarrollo del yo se caracterizan por un sentido de responsabilidad propia y, adecuadamente, de los demás; aspiraciones de logro, basadas en metas y aspiraciones propias, fraguadas en experiencias realistas, que disminuyen la brecha entre el yo ideal y el yo real; un sentido correcto de las aspiraciones y las perspectivas de las otras personas y un aprecio por la mutuality y la interdependencia. En estos niveles altos de desarrollo, la persona se siente responsable del propio bienestar y del de los otros y está genuinamente interesada en asuntos que conciernen a la justicia y a lo correcto y apropiado. Esta persona está interesada en los sentimientos de los demás y en su vida interior, y está muy interesada en lograr metas, de acuerdo a planes personales de largo alcance. Todo esto implica y ayuda a desarrollar una perspectiva temporal mayor, de mayor pro-

[...] la identidad es el marco de referencia que utilizan las personas para organizar y dotar de significado sus experiencias.

fundidad y, en general, permite un entendimiento mucho más amplio de las cosas y las situaciones sociales. Esta conceptualización de Loevinger está en sintonía con la teoría de desarrollo de la personalidad de Block (1982), en términos del principio ortogenético de Werner (1948) —que los individuos se van diferenciando de forma gradual y que, de manera progresiva, van integrando su comportamiento, a lo largo del tiempo—, y representa una adaptación del concepto piagetiano de acomodación y asimilación. La violencia hace que las personas queden detenidas en estadios más básicos y más egocéntricos, donde con mayor dificultad se da la tolerancia, el logro, por medio de la independencia, y la responsabilidad, que caracteriza los estadios más altos.

3. La identidad social

Hasta ahora, hemos hablado sobre la identidad personal, es decir, todo aquello que la persona considera esencial a su manera única de interactuar con el mundo social y que, en términos generales,

habida cuenta de las circunstancias, exhibe cierta consistencia, a través del tiempo y se moldea en él. Esta identidad se percibe, como lo observa Gordon (1968) y Hoelter (1985), en términos atributivos y categóricos. La primera forma es la que hemos

descrito, a saber, las categorías o características que la persona cree poseer. Incluye también aquellas características del yo indeseable, es decir, todas aquellas características que la persona no desea poseer. La segunda forma la proveen los roles y papeles que juega la persona, que son fuente importante de identidad y que la persona considera que comparte con otras personas. Como Burke y Tully (1977) señalan, ambas identidades, las que proveen los roles que las personas juegan en determinados grupos y los atributos personales, usadas en conjunto, dotan de dimensiones de significado a la identidad que uno posee⁷. Aunque en algunas circunstancias o momentos, lo atributivo o categórico

7. Ya que todos jugamos distintos papeles de una forma simultánea, es inevitable que las personas tengan una variedad de sentidos sobre sus propias narraciones autodefinitorias. No existiría, pues, una única identidad social. Podemos, por así decirlo, retratarlos de distintas maneras, según las relaciones que mantenemos y la centralidad que estas tienen en nuestras vidas. Tanto Goffman (1959-2003), Gergen (1995, 1996), Tajfel (1981) como otros teóricos e investigadores reconocen el carácter plural de la identidad social. Véase también Deschamps y Devos (1996), y Serino (1996).



personal y en permitir que esta vaya influenciando su identidad de rol demasiado apegado a las convenciones culturales, esbozadas por el mundo masculino.

Existe, pues, también una identidad social, la cual viene dada por la pertenencia a grupos sociales o colectivos. Además de los rasgos o características que las personas utilizan para describirse a sí mismas —lo que hemos denominado identidad personal—, también se sitúan en su contexto social, a través de su pertenencia adscrita o voluntaria a ciertas categorías sociales. Estas categorías pueden ser demográficas (género, clase social o raza), roles sociales (padre, esposa o trabajador) o pertenencia a organizaciones (sindicalista, marero o soldado). Esta identidad, también llamada identidad colectiva (Crocker y Luhtanen, 1990), de manera general, se puede decir que incluye “aquellos aspectos del autoconcepto, que proviene del conocimiento de las personas al pertenecer a un grupo social o a grupos sociales, aunado al valor y significado emotivo conferido a esa pertenencia” (Tajfel, 1981). Si la identidad personal concierne a los rasgos individuales de las personas, la identidad social concierne a las características de los grupos a los cuales uno pertenece (Tajfel y Turner, 1986)⁸. En consonancia con

puede alternar su centralidad, ambos elementos son esenciales para tener una mejor idea del concepto de identidad. Esto ayuda también a entender el impacto de la violencia, en la identidad de las personas. Una mujer puede tener una autoconcepción que no permitiría ser violentada, pero

el papel de mujer obediente y dócil, o de madre sacrificada, asumida en la relación de pareja, puede que no la deje escapar de una relación violenta y permita lo que sabe no puede permitir. En términos de su identidad, la solución al abuso al cual es sometida, estaría en dar centralidad a su identidad

Si la identidad personal concierne a los rasgos individuales de las personas, la identidad social concierne a las características de los grupos a los cuales uno pertenece (Tajfel y Turner, 1986).

otras perspectivas teóricas del autoconcepto y la identidad (Greenwald, 1980; Tesser y Campbell, 1983), la teoría de la identidad social afirma que las personas están muy motivadas para obtener o mantener un alto grado de identidad social positiva, semejante a la autoestima personal.

Los grupos violentos intentan una escalada de la violencia, en contra de otros grupos con una doble intención. En primer lugar, buscan marcar la frontera entre sí y otros grupos, linderos que no pueden cruzarse sin consecuencias graves. Las fronteras sociales quedan así públicamente estableci-

8. Turner (1987) considera que existen tres niveles co-existentes en la identidad de las personas, los cuales desarrolla en su teoría de la categorización del yo. El primer nivel de identidad es el más básico y remite a unas características de especie (humana), que la diferencian de otras especies. Somos como todas las personas. El segundo nivel está basado en las conclusiones a las cuales llega la persona al valorar semejanzas intragrupalas y diferencias intergrupales, es decir, la identidad social propiamente dicha. Somos como algunas personas. El tercer nivel más subordinado correspondería a la identidad personal y sería el balance de las comparaciones interpersonales. Somos como ninguna otra persona.

das, para que todos los miembros del grupo y los extraños (endogrupo y exogrupo) entiendan los requerimientos impuestos al actuar de las personas. En segundo lugar, aumenta la probabilidad de favorecer la identidad social con el endogrupo, la cual se muestra, con el ejercicio de la violencia, seguro, audaz, fuerte y contundente. Toda vez que una persona comienza a identificarse con un grupo, su bienestar y su suerte personal están determinados por el bienestar colectivo. Es de esperar que la violencia, ejercida por un grupo en contra de otro, reclame una conducta similar y que ambos se consideren en peligro. Como algunos estudios han señalado (Ellemers *et al.*, 2002; Van Vugt y Hart, 2004; Van Vugt *et al.*, 2000), en estos casos, los miembros del grupo responden a esta amenaza afianzando su identidad social, la cual se muestra como más importante y más central que la identidad personal. Y lo harán con frecuencia, aun a expensas de la identidad personal. Por medio de este proceso de despersonalización, los miembros de un grupo acentúan todavía más la bondad percibida de la pertenencia a él, aunque su membresía implique riesgos y peligros y ven como particularmente repugnante e incoherente pertenecer a otros grupos (Brewer y Brown, 1998; Ellemers y *et al.*, 2002). Van Vugt y Hart (2004) llama a esta dinámica el “pagamento” de la identidad social.

4. Conclusión

Esta forma de identidad personal y social del yo sugiere que reside en una estructura cognitiva multifacética y multidimensional. El autoconcepto está diferenciado en facetas distintas, porque refleja las relaciones y las interacciones sociales únicas de la persona, en los roles sociales que juega, y porque incorpora las ideas que sobre sí misma tiene, sus capacidades y sus habilidades. En lo que concierne a la identidad social, es importante anotar que, aunque las personas desempeñan muchos roles sociales (por ejemplo, esposa, trabajador o estudiante), desarrollan identidades de rol solo para aquellos que han internalizado en su autoconcepto (Burke y Tully, 1977). Esas identidades de rol representan las características que las personas se adscriben a sí mismas, en determinados papeles. Algunos (Donahue *et al.*, 1993; Thoits, 1983) consideran que esta diferenciación del autoconcepto o identidad es fundamental para el bienestar psicológico. Para desempeñar sus papeles sociales, de una manera efectiva, las personas deben estar conscientes de las reglas y expectativas, inherentes a cada papel, y ser capaces de modificar su conducta, según lo requiera

la situación. Desde este punto de vista, se puede decir que las personas con una identidad muy diferenciada poseen identidades especializadas, las cuales les permiten adaptarse y responder con flexibilidad a los requerimientos de los distintos roles, lo cual se presume mejorará sus relaciones interpersonales y su desempeño en ellos. Esto es de enorme importancia, cuando la persona tiene que hacer frente a relaciones caracterizadas por la violencia y situaciones de violencia cotidiana o sostenida. En contraposición, una identidad indiferenciada es rígida e inflexible e impide a la persona adaptarse con eficacia a las cambiantes, y a veces conflictivas, demandas de la vida social (Gergen, 1971). Esta noción de diferenciación está acorde con el punto de vista de que la estructura social, tal como lo anotaron Goffman (1959-2003) y Mead (1934), juega un papel importante en la conformación de la identidad. Creemos que, en la medida en que la persona logre una identidad diferenciada, tendrá los recursos psicológicos y sociales para no solo enfrentar de forma acertada situaciones violentas, sino para prevenir el desarrollo de relaciones caracterizadas por ella —o, al menos, substraerse de ellas de manera efectiva— y obtener una salud mental adecuada.

Referencias bibliográficas

- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and Action. A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ.
- Bandura, A. (1997). *Self-efficacy. The exercise of control*. New York.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires.
- Brewer, M. B., y Brown, R. J. (1998). “Intergroup relations”, en D. T. Gilbert, S. T. Fiske, y G. Lindzey (Eds.), *The handbook of social psychology*, Vol. 2. (pp. 554-594), Boston.
- Carver, C. S., y Scheier, M. F. (1998). *On the self-regulation of behavior*. New York.
- Cross, S. y Markus, H. (1991). “Possible selves across the life span”. *Human Development*, 34, 230-255.
- Crocker, J., y Luhanen, R. (1990). “Collective Self-esteem and ingroup bias”. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 60-67.
- Deschamps, J-C., y Devos, T. (1996). “Relaciones entre identidad social e identidad personal”, en J. F. Morales *et al.* (eds.), *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y las relaciones entre grupos*. Valencia, pp. 39-55.
- Ellemers, N., Spears, R., y Doosje, B. (2002). “Self and social identity”. *Annual Review of Psychology*, 53, 161-186.

- Gergen, K. J. (1995). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona.
- Gergen, K. J. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona.
- Goffman, E. (1959-2003). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires.
- Goffman, E. (1963-1997). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires.
- Gordon, C. (1968). "Self-conceptions: Configurations of content", en C. Gordon y K. J. Gergen (Eds.), *The self in social interaction*. Nueva York, pp. 115-136.
- Hoelter, J. W. (1985). "The structure of self-conception: Conceptualization and measurement". *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 1392-1407.
- Jones, E., Farina, A., Hastorf, A., Markus, H., Miller, D., y Scott, R. (1984). *Social stigma: the psychology of marked relationships*. New York.
- Katz, I. (1981). *Stigma: A socio psychological analysis*. Hillsdale, NJ.
- Markus, H., y Nurius, P. (1986). "Possible selves". *American Psychologist*, 41, 954-969.
- Markus, H., y Wurf, E. (1987). "The dynamic self concept: A sociological perspective". *Annual Review of Psychology*, 38, 299-337.
- Mead, G. H. (1934-1982). *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires.
- Ogilvie, D. M. (1987). "The undesired self: A neglected variable in personality research". *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 379-385.
- Oyserman, D., y Markus, H. R. (1993). "The sociocultural self", en J. Suls (Ed.), *Psychological perspective of the self*, Vol. 4 (pp. 187-220), Hillsdale, NJ.
- Oyserman, D., y Packer, M. J. (1996). "Social cognition and self-concept: A socially contextualized mode of identity", en J. L. Nye y A. M. Brower (Eds.), *What's social about social cognition?* Thousand Oaks, CA, pp. 175-204.
- Oyserman, D., Gant, L., y Ager (1995). "A socially contextualized model of african american identity: Possible selves and school persistence". *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 1216-1232.
- Serino, C. (1996). "Identidad social y comparación yo-otros: puntos de vista integradores sobre el continuo personal-social", en J. F. Morales y et al. (Eds.), *Identidad social. Aproximaciones psicosociales a los grupos y las relaciones entre grupos*. Valencia, pp. 167-198.
- Sullivan, H. S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. Nueva York.
- Snyder, C. R. (1989). "Reality negotiation: From excuse to hope and beyond". *Journal of Social and Clinical Psychology*, 8, 130-157.
- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1986). "The social identity theory of intergroup behavior", en S. Worchel y W. Austin (Eds.), *Psychology of Intergroup Relations*. Chicago, pp. 7-24.
- Turner, J. C. y et al. (1987). *Rediscovering the social group*. Nueva York.
- Thoits, P. (1983). "Multiple identities and psychological well being". *American Sociological Review*, 48, 174-187.
- Van Vugt, M., Snyder, M., Tyler, T., y Biel, A. (2000). *Cooperation in modern society: Promoting the welfare of communities, states and organizations*. Londres.
- Van Vugt, M., y Hart, C. M. (2004). "Social identity as social glue: The origins of group loyalty". *Journal of Personality and Social Psychology*, 86, 585-598.